

chado: no intentes, pues, quitarme el único bien que me resta... Dame esa mujer, Alvaro, dámela; yo te juro que, aunque no creo que es hermana mía, la respetaré como á la Madre de Dios: ni aun mi mano tocará á la suya... ¡Sólo quiero que viva bajo el mismo techo que yo; tan sólo ansio hablarle todos los días, ver cerrar sus párpados al sueño, verla despertar... beber en sus ojos la vida, y en su dulce sonrisa la tranquilidad que falta á mi conciencia!... ¡Alvaro, Alvaro... yo necesito á esa mujer!...

—Yo no puedo dársela, señor.

—¡Vive Dios!...

—Es vuestra hermana.

—¿Quién me lo asegura?

—Mi palabra de cristiano y caballero.

—¡No me basta!—gritó el Rey ebrio de furor;—¡no me basta, villano, porque tu ambición actual ha ahogado tu antigua hidalguía!...

—¡Ah!...—exclamó el Conde, llevando ambas manos al corazón, como si hubiera recibido en él un golpe mortal. Y el infeliz anciano rompió á llorar amargamente.

Mas el Rey no pudo reparar en el efecto que su cruel injuria habia producido: furioso como el león encerrado en una jaula, daba vueltas por la estancia lanzando sonidos inarticulados.

—¡Berenguela!—gritó al fin, —¡Berenguela!... ¿Dónde estás que no oyes mi voz?...

Y arrojándose casi falto de razón á la puerta

de la estancia, la abrió impetuosamente y echó á correr por las largas galerías llamando á la Infanta con voces descompasadas.

—¡Teneos!...—gritó el Conde, que le seguía de lejos, y que le vió pararse junto á una puerta cerrada, que ocupaba el extremo de una galería. Pero era tarde: la puerta, sacudida por el frenético Enrique, se abrió de par en par, presentando á la vista el aposento de la Infanta.

—¡Hola, Sandoval! ¡mis ballesteros aquí!—gritó el Rey antes de penetrar en la estancia.

D. Nuño salió de otro aposento cercano, atravesó la galería y desapareció en la escalera, alumbrada por teas de resina.

IV

Dormía la Infanta tan profundamente, que no oyó entrar al Rey ni á D. Alvaro: su lecho virginal, blanco como las paredes y el pavimento de su dormitorio, estaba débilmente alumbrado por una lámpara de plata; su negra cabellera, recogida en dos gruesas trenzas, hacía inclinar hacía atrás su cabeza; pálido como un busto de mármol estaba su semblante, y sólo animado por la riquísima y poblada franja de sus largas pestañas negras; su maltratada espalda y sus magullados brazos estaban modes-

tamente velados por una almilla de finísima tela, al través de la cual se divisaba el vendaje que cubría su hombro herido; veíase en su semblante el sello de un sufrimiento desgarrador, y estaba tan descolorida como la triple diadema de perlas que ceñía su frente.

D. Sancho velaba recostado en un sitial que había á la puerta del oratorio y medio oculto entre los tapices; el hermoso rostro del Infante estaba horriblemente pálido: diríase que en el tiempo que había pasado desde la revelación de su nacimiento, había vivido una larga existencia de dolor y de pesares.

Ya no tenían brillo sus grandes ojos, ni color su seductora boca; fruncidas sus cejas convulsivamente, formaban una ancha cinta de terciopelo y hacían más amarga su desoladora mirada.

Al ver á D. Enrique, que se precipitó impetuosamente en la estancia, se levantó, y su hermosa fisonomía se animó con una terrible expresión de ira; temblaron sus labios y aumentó su intensa palidez; pero no dió un paso para acercarse al Rey, y permaneció silencioso é inmóvil.

No así el Conde, que fué á situarse junto al lecho de la Infanta, en actitud amenazadora: ésta había hecho un movimiento, sin despertar de su letárgico y doloroso sueño.

En cuanto al Rey, detúvose atónito al ver á

D. Sancho, porque estaba muy lejos de esperar encontrarle en aquel sitio: creíale en Burgos en el palacio de su padre, porque, para él, todavía era D. Fernando Garcés hijo del Conde de Carrión.

Su sorpresa, pues, al encontrarle allí, fué tan viva, que sólo se disipó algún tanto cuando el aguijón de los celos hirió su corazón; su mente se iluminó súbitamente, y el amor de aquel joven por Berenguela fué tan claro para él, como el motivo que movía á D. Alvaro á disputarle la posesión de la doncella: á su modo de ver, el Conde la guardaba para su hijo único y querido; para aquel hijo á quien sabía que amaba con tan entrañable pasión, que no pocas veces se había admirado de afección tan fuerte, no obstante la que el mismo había debido á su padre el buen Alonso XI, de quien era el hijo predilecto.

En su terrible obcecación, vió también el motivo de que el anciano Conde hubiera imaginado la impostura de asegurar que Berenguela era su hermana; aquel hombre, que había sido el hermano de armas, el confidente y el mejor amigo del Rey su padre; que había sido casi un igual de los Infantes bastardos por haber crecido éstos á su lado, y haberlos tenido siempre encomendados á su guarda, quería, valiéndose de su omnimoda influencia, robar el corazón de Enrique á aquella joven, para satisfacer el co-

razón de su hijo; y para satisfacer al mismo tiempo su orgullosa ambición, había imaginado hacerle creer que era hermana suya, y de que los reinos de Castilla y de León supiesen que el joven Conde de Carrión se enlazaba á una Infanta real.

El alma de Enrique II era noble, aunque su corazón, siempre ligero é inconsecuente, estuviese á la sazón extraviado por la profunda pasión que profesaba á Berenguela; el tejido de infamias que creyó columbrar, iluminado ya de antemano por las pérfidas sugerencias de Sandoval; el recuerdo punzante del escándalo ocasionado aquella noche por el Conde, al publicar ante los Embajadores su odiosa impostura, y la ruin ingratitud á la sagrada memoria de su padre, que patentizaba la conducta de D. Alvaro, todas estas consideraciones, en fin, exaltaron más el ánimo del Rey, ya furiosamente irritado, y levantaron en su alma un huracán tan horrible, que forzosamente debía arrojar cuanto se le pusiera delante.

—¿Qué hacéis aquí, Fernando?—gritó deteniéndose enfrente del joven, que le contestó sólo con una mirada de amargo desdén.

—Responded á vuestro Rey, villano,—exclamó D. Enrique poniendo mano á la espada.

—Ya lo veis—contestó friamente el Infante:—guardar á Berenguela.

Al oír aquel nombre, precipitóse el Rey en

el dormitorio: la joven había despertado al ruido de sus voces; pero incapaz de sentarse en el lecho á causa del lastimoso estado en que la habían puesto sus pasados sufrimientos, se incorporaba sobre un brazo al entrar D. Enrique en el dormitorio.

—¡Ah... ya sabía yo que vendrias, Florestán!—exclamó mientras el Rey la abrazaba con indecible frenesí.

—Mira—continuó,—ese hombre fué el que me sacó de tu casa y me trajo aquí... ¿Por qué me separó de tu lado?

—Nadie volverá ya á separarte de él, Berenguela mía.

—¿No me engañas? ¿Verdad que seré siempre tuya, sólo tuya? Porque yo no tenía más que á mi madre, y la abandoné por ti... Llévame, llévame contigo, Florestán...

De repente, como herida por un extraño pensamiento, se echó hacia atrás y clavó sus grandes y ardientes ojos en los ojos del Rey.

—¿Por qué llevabas ayer un manto de púrpura?—preguntó.—¿Por qué te ví en la cabeza una corona de oro... y estabas sentado en aquel estrado, y por qué había una hermosa joven de largos rizos rubios sentada junto á ti?

—Porque este hombre—dijo el Conde con voz ronca,—es Enrique II, Rey de Castilla, y aquella joven que visteis es su esposa.

El Rey no pensó siquiera en mostrar cólera

al anciano por su terrible revelación: con los ojos clavados en el rostro de Berenguela, espía-ba ansioso el efecto que aquellas palabras producían.

Mas la Infanta no tembló ni su palidez tomó aumento: sus ojos, tristes y radiantes de fiebre, no se empañaron con una lágrima, ni separó sus brazos del cuello del Monarca.

—¡Con que te llamas Enrique!—dijo sin que se notase alteración en el eco dulce de su voz. —¿Y eres Rey, y tienes esposa á quien amar?... Però... ¿qué importa?... yo sólo pido que me dejes amarte, como amamos al sol que nos ilumina, sin que él nos lo agradezca ni lo sepa siquiera... tú quíerela á ella mucho, Enrique, porque dicen que es una gran falta el que un esposo no ame á su esposa, y yo no quiero que cometas faltas por culpa mía... sólo con verte seré muy feliz, porque lejos de tí me moriría.

—¿Me perdonas, amor mío, que sea Rey y te lo haya ocultado?

—¿Qué es un Rey?—preguntó ella posando sus manos en los hombros de D. Enrique y clavándole cándidamente los ojos.

—Un Rey es un desdichado á quien está vedada toda ventura; un Rey es un hombre á quien casan sin amor, á quien aprisionan, á quien rodean mil ingratos, á quien privan de toda libertad; un Rey es el ser más infeliz que existe.

—Pues yo te amaré más ahora que sé que eres Rey; en cuanto al nombre, ¿qué me importa que te llames Florestán ó Enrique?

—¡Ea, atrás ya, Rey de Castilla!—gritó Don Sancho desenvainando su espada ciego de furor y poniéndose delante de D. Enrique. ¡Paso al Infante D. Sancho, que guarda á la hermana que vos queréis infamar!... ¡Atrás os digo, ó envaino mi espada en vuestro ruin corazón!

—¡Viven los cielos, canalla infame! ¿Hasta cuándo vais á sacar ramas del tronco soberano? ¿Pensáis que así se toma en boca mi sangre?—rugió el Rey cerrando contra el Infante, que paró el golpe con el brazo, recibiendo en él una profunda herida. El noble joven se horrorizó ante la idea de herir al Rey, y no hizo otra cosa que defenderse harto débilmente.

Un segundo golpe de D. Enrique le hizo caer exánime: la espada había entrado por el costado izquierdo, y un raudal de sangre saltó hasta el pecho del Monarca.

Este retrocedió espantado hasta la puerta; mas sólo un momento le bastó para recobrase, y abriéndola, gritó:

—¡Ah de mi guardia!

D. Nuño de Sandoval asomó por la galería á la cabeza de cien ballesteros, y bien pronto se encontraron cerca del Rey.

—Rodead ese dormitorio con diez soldados, Nuño,—dijo D. Enrique señalando el camarín

en que yacía Berenguela, rendida á un mortal desmayo desde que D. Sancho desnudó la espada.

—¡Atrás, canalla!—gritó el Conde apareciendo entre los tapices con la espada en la mano. —¡Solo pasando por encima de mi cadáver llegarás ha-ta esa mujer!

—¡No le matéis!—exclamó el Rey.—Desarmad'e y llevadle maniatado á los calabozos de mi alcázar.

Mas el valeroso anciano blandió su espada, resuelto á perder la vida antes que consentir que llegasen al dormitorio: durante algún tiempo se defendió como un leon furioso; mas al fin le derribó un golpe de maza que recibió en la cabeza de mano de un soldado. Cuando intentó levantarse, estaba desarmado y maniatado fuertemente.

—Conde de Carrión—dijo el Rey con voz lenta,—todos tus bienes quedan desde este momento confiscados y sujetos á mi corona, por lo que esta casa me pertenece ya; al amanecer serán rotos tus blasones por la mano del verdugo, y á las doce te cortará la cabeza por traidor y rebelde á tu Rey.

—Y yo te juro, Rey de Castilla y de León, á quien tantas veces mecí en mis brazos, que no conseguirás deshonorar á tu hermana,—repuso el Conde con acento firme.

—¡Llevadle!—gritó el Rey.

D. Alvaro salió entre un buen número de soldados, que le rodearon con sus largas alabardas.

—En cuanto á ese joven, Nuño—continuó el Rey señalando el cuerpo inmóvil de D. Sancho,—hazle conducir á una habitación desocupada de mi alcázar; haz llamar inmediatamente á mi medico para que le asista, y que le guarden con cuidado. Tú rodea esta casa de una buena guardia y quedate al lado de esa joven, teniendo presente que me respondes de ella con tu cabeza.

El Rey salió dicho esto, escoltado por algunos soldados, y se dirigió al alcázar al tiempo que el reloj de la catedral daba las dos de la mañana.

V

D. Enrique, al llegar al alcázar, se encerró en sus habitaciones, al mismo tiempo que la Reina se hacía vestir por sus damas, siéndole imposible conciliar el sueño: la escena que habia presenciado en el salón de Embajadores habia impresionado fuertemente su ánimo y afligido su corazón, por más que su amor al Rey no tuviese el carácter de una pasión acendrada.

Arrodillóse, pues, en su reclinatorio, y se

puso á rezar las oraciones de la mañana, segura de conseguir alguna calma para su agitado espíritu; su orgullo era lo que más padecía, y todo orgullo se depona á los pies del Monarca de los cielos.

Sus damas arreglaron las luces, pusieron en orden algunos objetos, é iban á salir silenciosamente para no turbarla; mas al abrir la puerta de la cámara, se oyó una voz en la galería exterior que llamaba á la Reina.

Doña Juana se levantó y escuchó atentamente, haciendo una señal á las damas para que se detuvieran: todas permanecieron inmóviles en el umbral de la regia cámara, y sólo la Reina salió hasta la puerta que daba á la galería.

Algunos soldados avanzaban por ella, rodeando un grupo formado por cuatro de ellos, que conducían á un caballero herido al parecer, porque un reguero de sangre iba marcando su camino; el desdichado se retorcía entre sus brazos y gritaba con voz desfallecida y congojosa:

—¡La Reina!... ¡quiero ver á la Reina!... ¡Llévame á su cámara, por Dios!

—Vamos al torreón de la derecha—dijo el que parecía que los mandaba, sin hacer caso de las súplicas del herido,—que es donde me ha dicho D. Nuño que depositemos á este loco.

Y luego añadió dirigiéndose al herido:

—Os prevengo que, si no calláis, voy á poner una mordaza: la Reina duerme, y aunque

no fuera así, tampoco consentiría en veros á tales horas.

—¿Qué queréis de la Reina, pobre joven?—dijo Doña Juana dejando el umbral de la antecámara, y adelantándose hacia el herido.—Aquí está para consolaros.

Y dirigiéndose á los ballesteros continuó:

—Id al torreón y colocadle en un lecho, que ya os sigo.

Los soldados prosiguieron su camino, á través de las anchas galerías, mal alumbradas por alguna que otra lámpara, y la Reina volvió á su aposento. Echó sobre su blanco traje un largo manto de seda azul recamado de oro, y después de mandar á sus damas que la esperasen hasta su vuelta, se dirigió sola al torreón.

Doña Juana pensaba encontrar alivio al dolor que la afligía, en la buena acción que iba á practicar: era noble, sincera y piadosa hasta el extremo; viviendo sin otro amor que el de sus hijos, porque ya hemos dicho que no amaba al Rey, sólo aquel tiernísimo afecto podía liberrar á su corazón apasionado de sentir un gran vacío; aquella joven dotada de un talento distinguido, de una colosal imaginación y de una sensibilidad exquisita, pasaba la primavera de su vida haciendo castillos en el aire, ó entregándose á peligrosos ensueños, que hacían más amargo su despertar.

Sin embargo, todavía se consideraba feliz,

porque su orgullo, ese noble sentimiento que, bien entendido y conducido con tacto, es el origen de todo lo bueno, no había sido lastimado; los amores del Rey habían estado rodeados siempre de cierto pudor y velados á veces por un profundo misterio. D. Enrique, hasta que vió á Berenguela, le había profesado el afecto más tierno, afecto que ni aun después se desmintió un solo instante.

Pero entonces el corazón de la Reina estaba profundamente herido: la desoladora escena que había presenciado aquella misma noche, había dejado en él una huella que no podía borrarse jamás.

Al llegar Doña Juana al extremo de la galería que comunicaba con la escalera, oyó en el patio rumor de armas: asomóse á una ventana, y vió entre un gran número de soldados á un caballero anciano que creyó reconocer; en aquel momento, uno de los que le conducían abrió una puerta por la que salió una bocanada de aire que hizo oscilar la luz fúnebre de las teas que llevaban los soldados.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la joven Reina juntando las manos.—¡Van á sepultar á ese infeliz en una prision!... ¿Cuál será su delito?

Y volvió á aproximarse á la ventana; pero ya no pudo ver más que la espalda del preso, que desaparecía por la tortuosa escalera seguido de los soldados.

Doña Juana murmuró una corta oración á la Madre de Dios para que tuviese piedad de aquel desgraciado, y siguió su camino transida de horror.

Al llegar á la cámara del herido, la vió guardada por muchos soldados que le hicieron los honores, mirándose sorprendidos de ver á la Reina sola á tales horas.

Doña Juana penetró en la estancia fría y húmeda, debilmente alumbrada por una lámpara de bronce; acercóse al lecho y recorrió los tapices, sentándose á la cabecera.

—¡Despejad!—dijo después á los centinelas que había en los cuatro ángulos del aposento.

—Señora—se aventuró á decir uno,—V. A. ignora sin duda que el Rey nos ha dado orden de no perder de vista á su señoría el señor Conde.

—¡Despejad, os digo! y si el Rey os reconviene, repondedle que la Reina os ordenó dejarla sola con el preso.

Los soldados obedecieron, y la joven se volvió al herido.

—¿Qué queréis de mí, Conde?—dijo con dulce voz.

—Señora...—balbució el Infante, al que ya faltaba la vista y el aliento;—señora... en una prision del alcázar... debe haber... si: debe haber un hombre preso... un anciano...

—¡Sí... si lo hay! Haced un esfuerzo, Conde

—exclamó la Reina;—¿ese hombre es vuestro padre?

—¡No... no, señora... mi padre... no!... es aquél que esta noche... en la audiencia...

—¡Ah!—exclamó la Reina, dándose una palmada en la frente;—¡ahora recuerdo, sí, sí: ese preso es el que se llevó á aquella mujer desmayada!...

—¡Sí, ese... mismo, señora... corred á verle... por Dios... abridle la prisión para que salve á mi hermana... á mi hermana, que el Rey quiere deshonor!...

La voz del Infante espiró en sus labios: su cabeza cayó yerta y livida sobre los almohadones, y sus ojos quedaron abiertos y sin luz.

—¡Ha muerto! ¡socorro! ¡socorro!—gritó la Reina, más pálida que el herido, precipitándose hacia la puerta al mismo tiempo que ésta se abría para dar paso al médico del Rey.

—¡Ha muerto, D. Mendo, ha muerto!—repetió juntando las manos.

Aproximóse al lecho el médico y puso las suyas en el pecho del herido.

—Vive, señora—dijo,—y tal vez sus heridas no sean mortales; pero necesito reconocerlas al momento.

La Reina fijó la intensa mirada de sus grandes ojos azules en el hermoso rostro de D. Sancho, y se envolvió en su manto.

—Si le salváis, D. Mendo, os haré pesar en oro,—dijo al salir.

Inclinóse el médico sin contestar, y la Reina salió del aposento.

—Id á decir al capitán de ballesteros que le aguardo en mi cámara,—dijo al pasar por delante de los soldados.

Dos de ellos salieron presurosos, y la Reina se dirigió á sus habitaciones, llegando casi al mismo tiempo que ella el capitán.

—¿Tenéis las llaves de las prisiones, D. García?—preguntó Doña Juana.

—Sí, señora.

—De orden del Rey venid á abrirme la que acaba de ocuparse.

Salió el capitán, y poco después volvió á buscar á la Reina: una escolta de diez ballesteros les esperaba á la puerta, y bajaron inmediatamente la escalera.

—Esperadme aquí fuera, D. García—dijo la Reina, abierta ya la puerta del calabozo,—y quedad todos al alcance de mi voz.

—¿Pues que, señora, va á quedar sola V. A. con un reo condenado á sufrir la última pena dentro de algunas horas?

—Sí.

—¡Oh, por Dios, señora mía!—exclamó el leal capitán con acento suplicante;—¡por Dios, no haga V. A. tal cosa!

—No temáis por mí, D. García—dijo la Reina

con dulce sonrisa; — nada debemos temer cuando ejecutamos una buena acción.

Doña Juana entró en el calabozo y cerró tras sí la puerta.

VI

Una pequeña lámpara de hierro daba á la prisión una débil claridad, más fúnebre y aterradora que la obscuridad más completa; las columnas de piedra que sostenían la bóveda asemejábanse á otros tantos colosales fantasmas de negras y horribles formas; la tenue luz estaba colocada ante una imagen del Crucificado fija en la pared y al alcance de la vista de Don Alvaro, y una pequeña mesa, situada debajo y cubierta con un paño blanco, indicaba que en breve iba á recibir el preso los sagrados Sacramentos de la Confesión y Comunión.

El valeroso Conde estaba sentado en un escaño de madera, único asiento que allí había, y fuertemente maniatado; sus manos, sujetas con gruesos cordeles, no podían moverse, y su cana y venerable cabeza, abierta por la maza del ferroz soldado, estaba vendada con un paño blanco, que salpicaban anchas gotas de sangre.

Absorto en amargas meditaciones, ó tal vez orando, ni siquiera se apercibió de la entrada

de la Reina; su cabeza permaneció inclinada sobre el pecho, y sus ojos fijos é inmóviles.

Doña Juana se adelantó silenciosamente: al ver á aquel anciano venerable, conmovióse hondamente su joven y tierno corazón, y el llanto se agolpó á sus ojos.

— ¡Señor! — dijo con tanto respeto que era imposible reconocer en su acento la voz de la mujer altiva que pocas horas antes había mandado quitar á la Infanta de su presencia.

El anciano levantó la cabeza y se puso en pie, reconociéndola al momento.

— ¡V. A. aquí! — dijo cediendo á la Reina el grosero asiento que acababa de dejar, con la misma grave cortesía que si estuviera en uno de los salones de su magnífico palacio.

— Vengo de parte de... de un joven que han traído al alcázar hace media hora, mal herido y en calidad de preso, — dijo la Reina aceptando el asiento, porque sentía que no podía sostenerse.

— ¡De parte del Infante! — exclamó D. Alvaro con indecible alegría. — ¡Con que vive!

— ¡Del Infante! — repitió la Reina llevándose ambas manos á la frente, porque sentía desvanecerse su cabeza con tantas emociones. Pero ¡Dios mío! ¿quienes son esos Infantes, á quienes yo no conozco, y quién sois vos?

— Yo, señora, soy D. Alvaro Garcés, Conde de Carrión, y el segundo padre de los dos jóve-